

hacia ella los efectos, arrullando suavemente esta idea que asociaba todas las simpatías que podían brotar del círculo de la vida recorrido por él completamente. Así como la escena de su poema ocurría entre Europa y Asia, del mismo modo vino él á colocarse entre el Oriente y Occidente para levantar una barrera eterna entre la vaguedad misteriosa de las religiones asiáticas y las divinidades tan variadas, tan animadas, tan vivas de su mitología. Ya los cantos órficos guardadores de tradiciones sublimes, si bien medio veladas, no resonarán más que en los misterios, en medio de los montes de Frigia y de la Tracia; olvidará la Hélda el sentido de ellos; las divinidades monstruosas cederán el puesto á los dioses del Olimpo, semejantes en su perfección al hombre. De este modo crea también Homero las bellas artes, encadenando la religión en el círculo mágico de su poesía; consagrando la genealogía de los héroes funda el principio de la nobleza de las razas; cantando los juegos de la liza atribuye precio al vigor físico y á la fuerza moral; celebrando á los valientes prepara las jornadas de Maraton y de Arbellas. Insigne prueba de que todo desarrollo sublime de la inteligencia reposa realmente sobre una poesía de instinto como la de los cánticos homéricos y dantescos, poesía que no sería dado encontrar á la reflexión y á la crítica, que abarca el universo y lo adivina, que brota espontánea de la naturaleza y de la conciencia.

Considerando á los poemas de Homero como grandes archivos de los fastos nacionales de la Grecia, indagaremos allí cuál era su estado en la época troyana y en los tiempos posteriores. Vémosla primeramente agrupada en pequeños estados, regidos por monarcas semejantes á la mayor parte de los conquistadores septentrionales, cuando cada jefe instalaba de ciudad en ciudad sus feudos ó fieles, sobre los cuales dominaba por el antiguo derecho de patronato, al mismo tiempo que éstos dominaban sobre la raza vencida, reducida á una servidumbre más ó menos dura. Tiene el rey un consejo de prudentes ó de guerreros para deliberar sobre los negocios más graves; convoca las dietas, juzga las querellas, sacrifica como pontífice y manda los ejércitos como general. Tiene por señal distintiva el heraldo sagrado y

el cetro, cuyo origen fué el báculo del anciano padre de familia en el gobierno patriarcal. «Agamenon, habiéndose vestido la flexible túnica, graciosa y nueva, se echó encima su ancho manto; encerró sus delicados piés en su calzado, y cuando se cinó á un lado su espada suspendida de un talabarte con borlas de plata, empuñó el cetro, hecho de una rama de árbol cortada con el acero y despojada de las hojas y de la corteza.» Al dirigirse Telémaco al consejo no lleva otra comitiva que sus pirros. Consiste la renta del rey en propiedades particulares, en tributos pagados por sus súbditos y en despojos tomados al enemigo. Es el trono hereditario, á menos que lo dispongan de otro modo el oráculo ó la violencia. Son considerados la fuerza y el valor como privilegios del nacimiento y sostenidos por el ejercicio. Fúndase la nobleza en las genealogías, pero no forma una casta aparte; se enriquece con la piratería y se mantiene en la primera categoría, mostrándose digna de ello. La asamblea de los nobles tiene derecho de sufragio y el de hacer la paz ó la guerra.

Lejos de ser omnipotentes los sacerdotes, como en Asia, no forman ni siquiera una corporación como entre los romanos; muéstranse aislados y dependientes. Calchas tiembla de anunciar la verdad á Agamenon; Chryses sufre sus insultos, y el rey, lo mismo que los caudillos del ejército, desempeña las funciones más importantes del culto.

No aparecen leyes escritas, y si es verdad que Phoroneo y Cecrope las habían dado, se transmitían de memoria, y para mayor facilidad estaban puestas en verso, lo cual hizo que significase canción y ley un mismo vocablo; hasta el tiempo de Demóstenes las promulgaba el heraldo en melodía grave y acompañándose con la lira. Adquiría el esposo con servicios ó dádivas á la que amaba; se señalaba en seguida á la mujer un dote con proporción á la fortuna de su familia; en caso de adulterio se restituía al marido cuanto la había dado. Dividíase la herencia en porciones iguales entre los hijos nacidos de legítimo matrimonio.

La ley de los héroes era la venganza y las represalias; por eso Agamenon robó á Briseis en compensación de la hija de Chryses; se administraba justicia al pueblo á golpes, así co-

mo lo hizo Ulises para Thersito y para la muchedumbre. Viniendo á ser los tiempos más humanos, se establecieron tribunales, como la asamblea de los Amficiones, á la cual eran llevados los asuntos criminales; más tarde el consejo Delfico para fallar sobre la suerte de los que confesaban haber sido homicidas, si bien pretendían haberlo sido con justo derecho. En seguida se instituyó el Paladio para los homicidas voluntarios, y el Pritaneo para determinar sobre las cosas inanimadas ó desprovistas de raciocinio, que habían causado perjuicio á alguno.

Daban con más frecuencia materia á los juicios el homicidio, el adulterio y el robo. No llevaba consigo el hurto un padron de infamia. Todo el que era cogido *in fraganti* ó notoriamente convicto era condenado á restituir lo hurtado. La ley del talion sentenciaba á morir al asesino; pero se libertaba fácilmente de la sentencia, ya refugiándose en algun asilo, ya expatriándose, ya arreglándose á costa de dinero con los parientes del difunto. A veces se condenaba á ser apedreado á quien cometía adulterio, castigo heroico en que todos son ejecutores de la sentencia por todos pronunciada.

El que había sido involuntariamente homicida hacia una peregrinación á la morada de un varón virtuoso, es decir fuerte; confesaba su culpa, y después de las ceremonias religiosas se derramaba el agua lustral sobre sus manos; regresaba entonces á su país vestido de pieles de fiera y con la clava en la mano en testimonio de las obras expiatorias que había ejecutado.

Tenemos en Homero la representación de un juicio regular sobre el escudo de Aquiles. Pero este pasaje pudo ser intercalado, y tanto más, cuando, no retrata las costumbres heroicas en las que el derecho ocupaba un lugar bien reducido, á la par que todo estaba dado á la fuerza. Esto es tan verdad que para probar Júpiter que es el primero de los dioses, propone la prueba de una cadena á que se asieran todos los demas dioses, resultando que no le harían mover una sola línea mientras que él los arrastraría hacia sí á todos juntos. Sólo fueron elevados á la categoría de semidioses los fuertes, los vencedores de hordas y á veces los mismos bandoleros.

Consiste en efecto en que el heroísmo de los príncipes de Homero es muy diferente del de los pueblos civilizados. Entre ellos nada de justicia razonada, sino fogosidad de pasiones violentas, sed de gloria, bravura quisquillosa que se sácia en desafíos y en satisfacciones brutales: Aquiles niega á Hector otorgarse recíprocamente sepultura; mientras está mohino en su tienda deja que los troyanos destrocen á los griegos; hasta se regocija de ello con Patroclo que desea que muera hasta el último de los griegos y de los troyanos para sobrevivir ello dos solamente; desgarrá en pedazos el cadáver de su enemigo y no cede á las instancias paternales sino á un precio muy subido. En la junta de jefes llama á Agamenon come-dádivas y devora-pueblos; llora de rabia como un niño mal criado; no sabe brindar á Priamo, desesperado de la muerte de su hijo, otro consuelo que la comida que le prepara, y aún le amenaza con arrojarle de su tienda sino come; inmola á doce mancebos en los funerales de Patroclo; encontrado por Ulises en los infiernos, le declara que á trueque de estar vivo consentiría en verse como el último de los esclavos.

Por lo demás, héroes de Homero manifiestan gran respeto hacia los ancianos, custodios de la memoria y de la experiencia. Tan mortales como son entre ellos ódios y venganzas, son las amistades fuertes é invencibles como entre Pilades y Orestes, Teseo y Pyrihoo. A la llegada de un extranjero se le saca un aguamanil para lavarse y no se le pregunta quién es hasta después que concluye la comida.

No tienen ningun esmero en sus manjares, y ni aún conocen la pesca y la caza; pero degüellan bueyes, corderos, machos cabrios y cerdos que ponen á asar todavía sangrientos, ó hacen cocer en anchas calderas. Los mismos héroes dividen los trozos que sus amigos han hecho dar vueltas delante del fuego; se come de prisa, mucho, y siempre separadamente de las mujeres.

Amenizaban los banquetes cantores en vez de bufones: esta es una afición que aún no se ha perdido en Grecia, donde se ve á menudo algun moreta con su bandolina atraer á una muchedumbre de oyentes, y repetir canciones y aventuras verdaderas ó fingidas, ricas de interés y de una imaginación brillante. Homero

se propone siempre por objeto hacer resaltar la influencia de los poetas sobre los hombres más feroces. Phemís aplaca á los amantes de Penélope; Demodoco ameniza los banquetes de Alcino; Clitemnestra permanece fiel á su marido mientras conserva á su lado al cantor inspirado que le dejó como intérprete de la sabiduría divina, y á quien Egisto, para seducirla, trasladó á una isla desierta, donde le abandona á los buitres.

De estos placeres tranquilos se lanzan frecuentemente los héroes á ejercicios corporales: rivalizan en ligereza y vigor en la carrera, en la lucha, en la danza pyrrica, en la cual estaba representado el tiempo en que, encontrando el labrador un enemigo al fin de cada surco, maneja alternativamente la cuchilla y el arado.

Cubriáanse primero con pieles de fiera, llevando el pelo hacia fuera, sujetas en derredor de la cintura, ya con nervios de los mismos animales, ya con espinas. Pero en los tiempos de la guerra de Troya sabían curtir las pieles y tejer el lino y la lana. Tenían los hombres por traje una especie de toga que llegaba hasta los pies, y encima un manto prendido en el hombro ó en el pecho; gastaban también una túnica ajustada á las caderas que lavaban á menudo pisoteándola con sus pies dentro del agua. Se dejaban crecer la barba, y se rizaban cuidadosamente los cabellos. Empuñan el bastón los personajes de alta categoría.

Llevaban pendientes á un lado y prendidas en el hombro anchas y cortantes espadas; cubría su pecho un escudo del mismo tamaño que ellos y adherido á su cuello; al pelear le presentaban por uno y otro lado con la mano izquierda; en las marchas lo ponían á la espalda. Esta defensa incómoda fué sustituida más tarde con el escudo cario que se llevaba al brazo.

Velaban los jefes para que sus armas fuesen sólidas y abundante el alimento de sus soldados. Estos no estaban distribuidos por batallones ni por compañías con signos distintivos uniformes, aun cuando desde la época del sitio de Tebas encontramos entre los jefes el uso de divisas y de armaduras que tornaron á aparecer en la edad media. Marchaban lo más juntos y apiñados que podían, pero sin formación general, antes bien, multiplicándose los desafíos. No usaban bandera ni trompas ni otros

instrumentos de guerra; así era una gran ventaja poseer una voz fuerte como la tenían Esentor y Menelao; constituía especialmente su mérito extremado la velocidad de pies, ya para huir del enemigo, ya para darle alcance.

En cuanto al reclutamiento del ejército cada familia suministraba un infante; pero hasta los mismos héroes procuraban eludir esta obligación á veces. El botín cogido en masa se repartía entre los jefes, quienes lo distribuían á sus soldados, por ser éste el único sueldo; las ciudades vencidas eran saqueadas y arrasadas, degollados los reyes y vendidos los moradores.

Se encuentran en Homero el oro, la plata, el estaño, el cobre y el bronce, pero no el hierro. En su poema la voz *chalcos* no significa otra cosa que cobre, puesto que con este metal se hacen los trípodes, los cascos, los escudos y las corazas. *Sideros* no quiere decir tampoco hierro, sino un metal poco frágil y maleable, probablemente el bronce. No obstante, los dactilos y los curetos habían llevado á Frigia el arte de extraer el hierro, y vemos en la *Odisea* mercaderes que lo importan á Italia para trocarlo por el cobre, á que también se daba el nombre de *cupros*, porque se sacaba una gran cantidad de la isla de Chipre.

Durante los diez años que permanecieron los griegos acampados en cuerpo de ejército, debieron hacer adelantos en el arte militar, y sustituir poco á poco la táctica á la fuerza, consistiendo en el número y en el valor personal únicamente. Sin embargo, no había ninguna uniformidad en sus filas; uno se cubría de estaño, otro de bronce, ó de cobre ó de oro. Este se servía de la lanza, aquél de la espada. Quien combatía á pié, quien sobre un carro, cada uno pensaba en sí y en sus propios soldados. El casco de los héroes de Homero es generalmente de bronce sin haber ni visera. Sobre la cimera ondeaba generalmente una pluma; la de Hector era una crin, la de Aquiles un penacho de oro.

La coraza de bronce, cubría desde el cuello hasta el vientre y se cerraba por la espalda. Aquiles mató á Polidoro por detras al tiempo de bajarse, y cuando las ataduras de oro demasiado anchas hicieron que se abriera la coraza (Iliada XX, 413). Bajaba la cota de malla hasta las rodillas; no se hace mención alguna

de manoplas, y los coturnos eran de cuero muy grueso y subían hasta más arriba de las rodillas.

A algunos héroes se daba el nombre de caballeros, aunque pocos par no decir ninguno, peleaban á caballo, sino sobre un carro con dos ruedas tirado por dos, tres ó cuatro caballos, cada uno con su nombre. Andrómaca almohazaba los caballos de su marido, les echaba cebada en su pesebre, y los días de combate los confortaba con vino (Iliada VIII, 107).

Tenían los carros de guerra en la delantera un asiento para el cochero, quien no obstante los guiaba algunas veces á caballo (Iliada XIX, 395). Llevaban los caballos bocado y brida, largas riendas de cuero y cubiertos el pecho y los costados; no se hace mención de que estuviesen herrados, ni del uso de la espuela, aun cuando Aristófanes habla de caballos con pies de cobre. Jenofonte enseña el modo de endurecer el casco de los potros sin mencionar las herraduras; tampoco hacía uso de ellas la caballería romana.

Jenofonte dice que Ciro reformó los antiguos carros troyanos, porque no servían más que en las escaramuzas, aun cuando los montasen los más valientes guerreros; de modo que para trescientos carros conduciendo á trescientos combatientes, se necesitaban mil doscientos caballos y trescientos cocheros escogidos entre los más bravos y más fieles (Ciropeya VI, 1). Fueron más consistentes las ruedas de los nuevos carros y más largo el eje. El asiento colocado en la delantera tenía figura de torre, era de madera maciza, y allí el cochero estaba encerrado hasta la altura de los codos, armado de punta en blanco y no quedándole descubiertos más que los ojos. Estaban adheridos á las dos extremidades del eje dos dallos, de modo que el carro servía contra el enemigo no menos que su guía.

Poseían mujeres para sus deleites ó para que les diesen hijos; pero el sentimiento del amor no aparece jamás en los poemas homéricos. Entre todos los que aspiran á la mano de Penélope no hay ninguno que procure merecer su afecto; el mismo Telémaco habla con aspereza á su madre. Aquiles no está enamorado de su hermosa esclava, y Menelao recobra tranquilamente á Helena que ha permanecido con Paris diez años. Respecto de las afecciones domésti-

cas que pone la antigüedad, el pasaje más tierno es la despedida de Hector á Andrómaca, y para eso no expresa casi otra ternura que la de este héroe hacia su hijo; sólo por esto se conmueve. Andrómaca que debía envanecerse con el título de viuda de Hector, y vanagloriarse cuando llevando agua cogida en el manantial de Mesis y del Hypereó oía decir: *esa es la viuda del más valeroso domador de corceles*, Andrómaca consiente los abrazos de Pirro, hijo del asesino de su esposo, y luego contrae nuevos lazos con el troyano Heleno.

Gastaban las mujeres ropajes largos y ajustados con arte, recogidas sus faldas con broches de oro; brazaletes, cordones de oro y perlas, zarcillos con muchos adornos. Se acicalaban el rostro; pero nunca se hace mención de bolsillos, de botones ni de ropa blanca.

No hallamos, sin embargo, á las mujeres hacinadas á estilo oriental en el Serrallo y absolutamente ocultas á las miradas de los hombres. Andrómaca sale sola con su nodriza para ir al templo, á casa de sus cuñadas, á la torre de Ilión, velada con el elegante *Peplum*. Helena deja sus aposentos particulares para mostrarse en medio de los ancianos de Troya, quienes viéndola exclaman que es justo padecer tanto por ella. Distán mucho de ser modelos de castidad Helena, Exiphyla, Clitemnestra, Medea, Fedra. Aquellas que caían en esclavitud perdían hasta su individualidad, viniendo á convertirse en mercancía.

No se ocupaban solamente las mujeres en tejer y en hilar sino también en el gobierno de la casa. Correspondíales lavar, ir por agua, encender lumbre, moler el grano, desnudar á los hombres, conducirlos al baño, perfumarlos, llevarles al lecho, porque los numerosos esclavos estaban ocupados comunmente en los campos.

Primeramente cultivaron los griegos la cebada y después la avena. Labraban la tierra dos veces al año, y para este efecto se servían de toscos arados de madera, tirados por bueyes ó por mulas; no conocían el rastrillo. En tiempo de la cosecha se colocaban á las extremidades del campo dos cuadrillas de segadores avanzando hasta que llegaban á encontrarse; colocábanse las gavillas en vasijas ó en cestas. En vez de machacar el grano con trillos hacían

que lo pisoteasen los bueyes; una vez reducido á polvo en morteros ó por medio de molinos de mano, amasaban la harina con carne, sin levadura, y hacían una pasta sustanciosa.

Cadmo, dando á luz á Semele, madre de Baco, significa acaso que fué el primero que cultivó la viña en Beocia. Vendimiado el racimo quedaba espuesto por espacio de diez días y otras tantas noches al sol y al rocío, luego como diez más á la sombra y al aire libre. Se exprimía el zumo al décimosexto, y el vino se conservaba en odres. También sabían hacer una especie de cerveza con cebada fermentada.

Atica fué deudora á Cecrope del oliivo que prosperó allí perfectamente. Sin embargo, no servían para alumbrar ni el aceite, ni el sebo ni la cera, sino unas teas ó hachas de una madera odorífera y resinosa. En el jardín de Laercio florecían manzanos, perales é higueras; pero Homero no hace mención del engerto; tampoco habla de la educación de las abejas, que se dice fué enseñada, así como el modo de hacer quesos, por Aristeo, rey de Arcadia, y probablemente pelasgo.

El antiguo templo de Delfos era una choza cubierta de ramas de laurel; el Areopago una cabaña de arcilla. ¿Qué debían ser las habitaciones particulares? Jamás se trata de mármoles en los espléndidos palacios de Homero. Están sostenidas por postes en cuyos hundimientos se colocaban las armas ó bien se colgaban de clavijas. Aun cuando no sea posible comprender bien la construcción de ellas, parece que consistían en un recinto de muros: encontrábase primero el salón y el pórtico donde recibían los huéspedes y dormían los extranjeros, venían después la antecámara y la alcoba. El techo era liso y las puertas estaban hechas de una manera capaz de resistir á las frecuentes invasiones. Desplegábase en lo interior gran magnificencia, si bien lo era sólo para el tiempo y para la tosquedad de aquellos á quienes movía á asombro.

Es probable que las esculturas de Dédalo fueron también de madera. Al principio no estaban representados los dioses más que por piedras en bruto ó por troncos de árbol engalanados. primera estatua que vieron los griegos fué la La de Minerva, llevada de Egipto por Cecrope. Pero en breve les desagradó tan escaso puli-

miento, y sus Dédalos hicieron estatuas tan naturales que parecía como si estuviesen vivas.

La descripción del escudo de Aquiles, dió margen á que se suscitase la cuestión de qué si efectivamente había visto Homero ejecutadas en metal obras semejantes, ó si su imaginación había creado un trabajo que la mano hubiese imitado más tarde. Esta duda no pudo existir sino en razón de que las artes de Grecia fueron reputadas como las más antiguas. Sabíase, pues, ya trabajar el marfil para adorno de los lechos, de las espadas y de las sillas; hacían uso los héroes de copas, de palancanas, de tripodes, de tazas de oro, y de plata. Nestor tenía un escudo incrustado de oro, y en su morada un jarrón de oro con dos asas elegantemente esculpido. Se sabía amalgamar el oro con la plata y aplicar el esmalte, ligar la calamina al cobre para hacer el latón por medio de esta mezcla; si no encontramos que se haga mención de sellos ni de sortijas grabadas, es de creer que los griegos aprendiesen muy pronto de los egipcios este arte. Pequeñas placas trabajadas al yunque cubrían los cuernos de las terneras destinadas al sacrificio, de donde parece resultar que no supieron reducir á hojas ni á hilo el oro. Uno de los artes heroicos consistía en cerrar cofres ó cestas por medio de nudos complicados de tal manera que no lograrse desatarlos persona alguna.

Después de cuanto hemos dicho anteriormente, después de los viajes de Baco, de Hércules, de Teseo, de Perseo hasta las Indias, debe causar extrañeza la ignorancia de los griegos en geografía. Homero atribuye al mundo la figura de un disco, rodeado por el curso rápido del río Océano; idea que se repite á menudo entre los antiguos. Domina los aires la bóveda sólida del firmamento y por encima viajan carros conducidos por los astros. Por la mañana sale el sol del Océano oriental y se sumerge á la tarde en sus olas por el Occidente, desde donde una nave de oro, obra de Vulcano, le vuelve á llevar á Oriente por el Norte. Sidon y el Ponto Euxino al Levante, el estrecho de Hércules y el Océano al Poniente, la Etiopía al Mediodía, la Tracia al Norte, eran para Homero los límites del mundo. Debajo reinaba el Tártaro con los Titanes, tan distante de la tierra como está del cielo. Estas ideas vinieron á menudo á

mezclarse á la ciencia y se perpetuaron hasta nuestros días entre los espíritus vulgares. Las únicas partes del mundo eran Europa y Asia, separadas por el Faso, río que se pensaba ponía en comunicación el Ponto Euxino con el mar interior y con el Océano. El centro del mundo era Grecia y el de este país el Olimpo; después Delfos. Si para decidir una cuestión de confines se apelaba públicamente á los libros de Homero, ésto quiere decir que se creía en su exactitud en lo concerniente á Grecia; pero en cuanto á los países distantes no hace más que amontonar nociones absurdas ó contradictorias aceptando todas las fábulas que corrian en su tiempo. Consideraba el viaje de Africa á Esparta como empresa muy atrevida y peligrosa. Alcino, rey de los feacios, para demostrar la gran habilidad de los suyos en la navegación, afirma á Ulises que podrían llevarle hasta la isla de Eubea, que todo el mundo sabe se halla á muy poca distancia de Corfu. Al principio había sido estorbada la navegación por los corsarios, hasta que Minos, rey de Creta, purgó al mar de ellos. Se atribuía á los eginetos la invención de la navegación, lo cual no significa otra cosa que su habilidad en este arte, en tiempo de Erichthon, sucesor de Cecrope, conquistaron los atenienses á Delos, y sin embargo, trescientos años más tarde hubo necesidad de que solicitaran marineros y pilotos de los salaminios para poder trasladar á Teseo á Creta. Solamente distinguían cuatro vientos y no hacían uso más que de la simple vela, y pareció que Dédalo operaba un milagro cuando pasó contra el viento á través de la flota de Minos. De seguro la expedición de los argonautas era entonces una osada empresa. Es verdad que se hallaron 1,200 buques armados contra Troya, pero eran muy lijeros, y ni aún siquiera tenían anclas, invención etrusca: se les ataba una cuerda y se les sacaba á lo seco; no tenían más que un timón, un sólo mástil, que se dejaba caer sobre el puente, como en los pequeños bageles; no estaban embreados los cables ni la carena, y los más grandes daban cabida á veinte hombres. El comercio en Homero consiste únicamente en trueques.

Nos inclinamos á creer que la astronomía continuaba todavía como secreto de la ciencia sacerdotal, porque en tiempos posteriores á aquellos en que los babilonios y los egipcios estaban tan versados en ella, no aparece que Homero y Hesíodo conociesen nada más allá de las Hiadas, de las Pléyades, de Sirio, del Tauro, del Orion y de las dos Osas. Cuéntase además que Pitágoras fué el primero que enseñó á los griegos ser la misma que Lucifer, la estrella de la tarde.

Homero muestra más habilidad en la anatomía, pues indica todas las heridas exactamente. Pero Aquiles y Machaon dan prueba de poca ciencia médica, cuando el uno cura á Telefo con la punta de la lanza que le ha herido, el otro para cerrar una herida recibida por el hijo de Tesis, le toca el hombro y le mete en la boca una mezcla de vino, de harina, de cebada y de queso rallado. Estos héroes, son no obstante encomiados por sus conocimientos de los simples, habiendo sido instruidos por el centauro Chiron, en cuya ciencia pudieron hacer grandes adelantos, sus discípulos Machaon, Podaliro, Esculapio, especialmente cuando la cirugía se separó de la medicina. Prescindiendo de las curas de Esculapio, reducidas á remedios externos, incisiones, cantos y palabras místicas, se halla por esta época el uso del laserpicio, de la aristoloquía, de la centaura menor, y luego el de las aguas minerales, cerca de las cuales se levantaban templos á Esculapio.

Es verdaderamente grosera la religión de Homero, aquella mezcla de nociones sublimes y de ridículos enjendros; aquel Júpiter que con un sólo movimiento de cabeza trastorna el Olimpo, y que invita á Tetis á que huya para que no la vea Juno y le atormente después con sus celos, serán para algunos prueba de que un mismo autor no compuso aquellos poemas; otros verán en eso un indicio de la alteración que la discordancia de la conciencia produjo en las tradiciones primitivas. Pero como el nuevo politeísmo de Grecia se fija con Homero, aprovecharemos esta ocasión para detenernos algún tanto á hablar de uno de los elementos más importantes de la civilización.